

EL FONDO DE LA ACTUALIDAD

Cuando ruge la Naturaleza

Juan Díez Nicolás

Las noticias sobre catástrofes naturales no son nuevas, pero sí hay cierta novedad en su incremento en extensión, en su intensidad y en su tiempo. O para decirlo en palabras más comprensibles: esas catástrofes que producen en lugares del planeta donde no habían sucedido nunca o rara vez, con efectos muy superiores a los de otras épocas y con una cadencia cada vez más rápida. Sólo este año 2005 se pueden contabilizar, desde principios de año, el *tsunami* que asoló Indonesia y los países asiáticos del Pacífico, terremotos de cierta intensidad en Turquía y Japón, inundaciones en China, en Europa central y, más recientemente, los huracanes *Katrina* y *Rita* sobre Estados Unidos, huracanes y terremotos en Guatemala y otros países de Centroamérica, y otro gran terremoto en Pakistán, India y Afganistán. La Cruz Roja Internacional, la Cruz Roja nacional de muchos países, incluida España, y toda clase de ONG y organismos internacionales de ayuda y cooperación no parecen tener un día de tranquilidad, pues a sus labores rutinarias tienen que añadir estos trabajos extraordinarios que cada vez son más ordinarios por su frecuencia. Parece como si la Naturaleza quisiera demostrarnos que todos nuestros logros culturales, y en especial todos nuestros avances tecnológicos, sirven de muy poco cuando ella se pone en movimiento, dándonos una gran lección de humildad. Sequías, huracanes, terremotos, todos estos fenómenos naturales son tan viejos como el propio planeta, sólo que la especie humana, en su vanidad, los ha olvidado paulatinamente a medida que crecía su confianza en la tecnología, a través de la cual la Humanidad había logrado un aparentemente bastante completo control de la Naturaleza. Cuando ruge la Naturaleza, y cada vez lo hace con mayores bríos, el ser humano redescubre su impotencia y resurgen los miedos ancestrales, cuando el hombre vivía amestrado en cuevas teniendo ser pasto de multitud de animales y de la propia Naturaleza. En realidad, sólo desde hace un par de siglos (una nimiedad en comparación con el tiempo que el hombre lleva sobre este planeta Tierra) las sociedades humanas han podido lograr un cierto control, una cierta domesticación, de la Naturaleza, y para ser más exactos, sólo lo ha logrado en la pequeña parte del planeta poblada por las sociedades más desarrolladas.

En estas circunstancias, no es raro que unos piensen que esta proliferación de catástrofes naturales no es sino una consecuencia de la acción temeraria de las sociedades humanas sobre su medio ambiente, una consecuencia del uso intensivo de los recursos naturales, una consecuencia de lo que se ha venido en denominar la Sociedad del Desperdicio (o de las basuras, por la gran cantidad de ellas que producimos). Otros, sin embargo, defenderán la hipótesis de que los cambios climáticos que se anunciaron (y que hoy son ya una realidad indiscutible) no se deben a la acción del hombre, sino que forman parte de la larga historia del planeta, de sus convulsiones a causa del movimiento continuo de las placas tectónicas y del progresivo cambio del eje de rotación de la Tierra, y de toda clase de fenómenos que nada tienen que ver con la acción humana. En esto como en tantas otras cosas, puede que las dos hipótesis sean verdaderas pero incompletas, y que las dos conjuntamente estén más cerca de esa verdad. Sabemos que los seres humanos, hagamos lo que hagamos, moriremos, pero no es menos cierto que según como vivamos, según como tratemos a nuestro cuerpo, viviremos un tiempo más corto o más largo. Por tanto, es posible que, con independencia de que el planeta Tierra esté sometido a toda clase de cambios que tienen que ver con el funcionamiento

del Universo y de sus ciclos geológicos, climáticos, etcétera, que ocurren y ocurrirán con total independencia de la acción del ser humano, es posible, repetimos, que también se vea afectado por la acción del ser humano, y que esas acciones pongan en marcha, suplementen o aceleren procesos que de otro modo podrían o no ocurrir.

Lo cierto es que, como hemos repetido en muy diversas ocasiones desde hace 30 años, la acción humana sobre la Tierra se ha ido haciendo aceleradamente nociva para el medio ambiente natural, medio ambiente que la especie humana necesita imperativamente para sobrevivir. La población humana, que a principios de nuestra era (año 0) era aproxi-

madamente de 250 millones de habitantes, tardó 1.650 años en duplicarse por primera vez, sólo 200 años en duplicarse otra vez, sólo 100 años en duplicarse por tercera vez, pero desde los 2.000 millones de habitantes en 1950 sólo ha tardado 50 años en triplicarse. Además, cada uno de los más de 6.000 millones de habitantes de la Tierra en la actualidad vive más del doble de años que el hombre del año 0, y consume varios miles de veces más recursos que ese antepasado común. La cultura (material y no material) que ha sido la gran exclusiva ventaja de la especie humana sobre todas las demás especies vivas, la que la ayudó a sobrevivir cada vez en mejores condiciones, parece ahora contribuir a una supervivencia crecientemente azarosa.

El éxito y difusión de la industrialización en todo el planeta (consideremos lo que está ya suponiendo la industrialización de China e India, y en general de Asia) tiene también su reverso de la medalla, que es el agotamiento o difícil reposición de los recursos del planeta. Aunque desde la década de los años 60 las voces que alertan de la necesidad de poner freno a esta carrera desenfrenada hacia el desastre son cada vez más numerosas y más altas, todos los gobiernos y la sociedad internacional, pero muy especialmente los de los países más desarrollados, y también los propios individuos, hacen caso omiso de los informes de los expertos, y siguen discutiendo sobre si lo que se nos viene encima "son galgos o podencos". Puede que más pronto que tarde el rugido de la Naturaleza nos aclare ese dilema, aunque para entonces probablemente ya dará igual.

Juan Díez Nicolás es catedrático de Sociología en la Universidad Complutense y presidente de ASEPE.



CARTAS AL DIRECTOR

Centros concertados
Sr. director:
Con frecuencia se leen cartas y oyen comentarios exigiendo a los centros concertados las mismas obligaciones que a los públicos y considerándolos subsidiarios de los mismos. Me gustaría aclarar cuál es la función y situación real de la enseñanza concertada.
Este tipo de centros hacen posible el derecho constitucional de los padres a elegir la educación que prefieren para sus hijos "de acuerdo con sus convicciones religiosas, filosóficas y pedagógicas", como reconoce la Carta de los Derechos fundamentales de la UE suscrita por España. Si sólo pudiera haber centros concertados allí donde los públicos

no puedan cubrir las necesidades de escolarización, no existiría posibilidad de opción y no se podría satisfacer este derecho. Y sólo se pueden exigir idénticas obligaciones a un tipo y otro de centros si ambos reciben lo mismo. Cosa que actualmente no ocurre. Lo que se recibe por alumno en la concertada es aproximadamente un 60% de lo que cuesta a la Administración un alumno escolarizado en la pública.
Y se exige que los centros concertados acojan el mismo porcentaje de inmigrantes que la red pública, pero sólo se dan los datos globales sin tener en cuenta que los privados escolarizan un tercio del total de alumnos. Parece que algunos atribuyen a la enseñanza concertada todos los

males que aquejan a la pública. No es así. Los mismos males aquejan a una y a otra, y en leal colaboración han de intentar solucionarlos. La LOE debería tenerlo en cuenta.
Bertina Solís Salda, Miembro del AMPA de un centro concertado, Gerona
Envíe sus cartas al director a C/ Pantoja, 14, 28002 Madrid o por correo electrónico a cartasaldirector@negocios.com Nos reservamos el derecho de resumir las cartas de una extensión superior a 20 líneas. Es imprescindible que estén firmadas y que se incluya el domicilio, teléfono y número de DNI o pasaporte del autor

Libertad de enseñanza
Señor director:
Una de las bases para construir una democracia es la libertad de enseñanza. La nueva ley, LOE, ataca este principio básico al marginar la enseñanza concertada.
La nueva ley no modifica los principios básicos de la LOGSE que han llevado a España al último lugar del nivel educativo de Europa.
Todo eso, entre otros factores, en mi opinión, hace de la manifestación del día 12, en Madrid, una cita de los ciudadanos a favor de la libertad y de la democracia, frente a una injerencia del Estado respecto a la educación de los hijos.
José Ignacio Moreno Irujoalde Madrid

Las encuestas de la Generalidad
Sr. director:
No es la multiplicación de los paneles y los peores, pero las encuestas del Gobierno catalán obran milagros cuando se trata de la multiplicación de nacionalistas: hace 8 meses, encuestas de empresas privadas publicadas señalaban que el 28% de catalanes consideraban que Cataluña era una nación; y ahora, la Generalidad publica un sondeo que eleva ese porcentaje al 60,4%. ¿Ha habido un aumento espectacular del fervor nacionalista en tan poco espacio de tiempo? Sinceramente, lo dudo.
Raquel C. Cabellas Barcelona